

de Madrid, por haberse suprimido todas las páginas semanarias especiales. Así fue que en esa fecha dejé inconclusa la "Historia de un siglo" que venía dando, capítulo a capítulo, todos los jueves, al llegar a lo que entonces era capítulo xvi y hoy en la versión definitiva que aparecerá en algún tomo futuro de mis *Obras completas*— será el capítulo xxv (la guerra austroprusiana). La supresión de estas labores coincidió casualmente con mi incorporación a la Comisión Histórica Mexicana de que hablo más adelante.

D. Traducciones

1. La ya referida *Pequeña historia de Inglaterra*, de Chesterton.

2. "El abanico de Mlle. Mallarmé" (*La Pluma*, Madrid, julio de 1920): comentario y tres traducciones sucesivas, recogidos en *Mallarmé entre nosotros* (1938 y 1955). La tercera versión también aparece en *Huellas* (Ver cap. IX). Este ejercicio mereció el siguiente comentario:

Recientemente, un escritor a quien nos complacemos en considerar como nuestro, don Alfonso Reyes, ha hecho un experimento que no vacilamos en calificar de concluyente. En el segundo número de *La Pluma*, la nueva revista literaria, ha dado tres versiones de una difícil poesía de Mallarmé. La traducía primero en prosa literal; daba después un arreglo rítmico, prescindiendo del consonante; aconsonantaba, por último, una transposición que conserva en todo el ritmo y la forma originales. Y observábamos algo muy curioso: que la traducción, a medida que iba perdiendo literalidad por un lado, iba ganando carácter por otro. La última versión, la rimada, era la más *mallarmesca* de las tres. ¿Ha de proceder así todo traductor de poetas? Quizá pueda abreviar; pero el procedimiento seguirá siendo en lo fundamental ese mismo que el señor Reyes ha ilustrado de manera tan cumplida. Todo se reduce a saber lo que es posible sacrificar. (Enrique Díez-Caneado, "Escuela de sacrificio", *La Voz*, Madrid, 19 de agosto de 1923.)

JULES SUPERVIELLE

Por Elena PONIATOWSKA

A JULES SUPERVIELLE le sobra estatura. No sabe en dónde poner las piernas, en dónde dejar los brazos, en dónde colocar sus larguísimas manos que, desalentadas, caen sobre la cobija que cubre sus rodillas...

—Señorita, estoy tan cansado. La recibo nada más porque me dijo que venía recomendada por Octavio Paz. Pero, en realidad, ya no me gusta conceder entrevistas... ¿Va usted a necesitar una fotografía? Porque desde ahora voy a decirle a Consuelo que la busque entre los papeles.

Jules Supervielle vive en la calle Vital, en una pequeña casa gris con una escalera crujiente que lleva a su cuarto. El cuarto tampoco es grande, y Jules Supervielle sentado en medio, lo abarca todo, como una gran araña. Sus piernas y sus brazos llegan a las cuatro esquinas y su rostro alcanza sin duda alguna el foco de la luz, que cuelga tembloroso a la mitad del techo.

—Señor Supervielle, conozco sus poemas...

—¿Ah, sí? ¿Cuáles ha leído usted?

—Pues tengo en México un grueso libro que nada más lleva el título de *Poemas*...

—¡Ah! Entonces le voy a regalar el *Bolivar*, y el número de homenaje que me ha hecho *La Nouvelle Revue Française*. Sabe usted, es un honor muy especial porque casi a ningún escritor se le hace un número de homenaje en vida... Bueno, pero dígame, señorita, ¿cómo está don Alfonso Reyes?

—Muy bien, señor Supervielle. Ahora casi siempre vive en Cuernavaca. Allá escribió sus sonetos homéricos.

—¡Ah, sí!... ¿Y Octavio Paz?

—Sigue trabajando en Relaciones Exteriores. Es siempre el mismo. Publicó el *Cántaro roto*, uno de sus poemas más bellos.

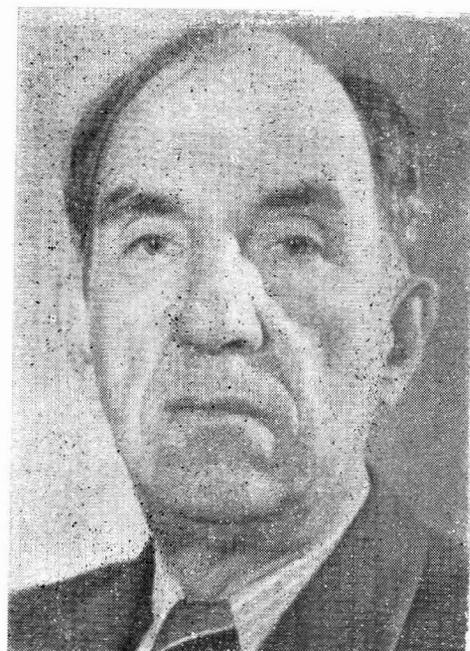
—Ahora señorita, ¿qué es lo que me va usted a preguntar?

—Creo que sus lectores mexicanos quisieran conocerlo más de cerca, señor Supervielle... Por eso desearía yo que usted me respondiera a un cuestionario introspectivo de Marcel Proust. (El poeta me examina con sorpresa.) ¿No le gusta el cuestionario de Marcel Proust, señor Supervielle? ¿Preferiría usted hablar de sus contemporáneos? ¿De Michaux, de Eluard, de André Breton? ¿Admiraba usted a Paul Claudel?

—Pues mire usted, señorita. Prefiero que usted lea lo que ellos han escrito sobre mí. Así juzgará usted el grado de amistad que nos une... Claudel era un hombre extraordinario, señorita. Tuve la oportunidad de ver sus textos, sus manuscritos, las añadiduras y las correcciones que hizo pocos días antes de su muerte, y su letra, como su autocrítica, era de una claridad asombrosa. Escribía de un tirón, sin titubeos o indecisiones, pero poco tiempo después remodelaba su obra. El tuvo la nobleza de escribir algo muy bello acerca de mí en el número especial de *La Nouvelle Revue Française*... Acerque usted, señorita, esta pequeña silla y siéntese allí para que podamos leer lo que

ellos han escrito... Primero Claudel, y luego Michaux y todos los demás.

"De todo corazón me asocio al homenaje que se le rinde a Supervielle, ese poeta inabarcable y encantador que tiene las cualidades del pájaro y del hada, y cuyo canto, como el del pájaro burlón del bosque americano, parece surgir siempre del lugar en donde el poeta no está." Armand Robin, Georges Schehadé (cuya obra de teatro se pondrá en la compañía Jean Louis Barrault-Madeleine Renaud), Étiemble y Gabriel Bounoure colaboran también en ese número. En esa misma entrega Supervielle publica "Le Jeune Homme des autres jours", en el que Philippe Charles Apestegue, a consecuencia de un amor mal correspondido, se transforma en mosca y luego en gato, y viaja a todas partes con el objeto de sus amores. En otro libro,



"para mí, escribir es hacer la luz"

Supervielle se convertía en un alma que emigraba dentro del cuerpo de una bella mujer y se ocultaba entre sus senos. Dice Michaux: "Cuántos jóvenes inseguros de sí mismos que han venido de una provincia en donde la poesía era considerada como de mal agüero y un vicio vergonzoso, encontraron con sorpresa y delectación a Jules Supervielle en París."

Solteros, rebeldes, contraídos, hallaban, rodeado de una mujer y de unas hijas de incomparable belleza española —familia irreal que veneraba sus dotes— a un hombre penetrado de simpatía, de poesía, de generosidad, que en vez de una venganza soñaba con un volcán que estallara en regales; en vez de una torre de marfil, soñaba en robar niños para mejorar aún, la deleitable impresión de una familia numerosa."

Michaux habla de Supervielle como de un hombre hecho para cabalgar sobre las grandes llanuras del Uruguay, y tiene razón. Supervielle no debe sentarse en ese sillón en donde no cabe porque sus largas piernas se arrastran lamentablemente en el suelo. Supervielle dentro de este cuarto encerrado, neutro y gris, parece una nebulosa, enclaustrado en el ropero de las

escobas. Resulta mucho más fácil imaginarlo en las pampas, en las grandes llanuras por las que Bolívar cabalgó, cubierto de sol americano. Supervielle es el poeta por excelencia, el hombre de los grandes espacios, el joven que iba en la proa de un barco, el viento enredándole y desenredándole los cabellos; el viajero incansable que cruzaba los océanos, el niño maravillado que se refugiaba en las múltiples luces que rodean a la tierra. Supervielle, es en sí una especie de cometa, una luz que abarca dos continentes.

Pero, habla Supervielle.

—Se ha vuelto a representar una de mis obras de teatro, *La belle au bois* en Buckingham, que Georges Pitoeff y su mujer estrenaron en 1932, y que Louis Jouvét volvió a montar en 1940. Siempre vuelvo sobre mis textos y me doy cuenta de lo que ha fallado. En esto sigo el ejemplo de Claudel. Al ver representada mi obra aprendo mucho acerca de ella...

—¿Y qué tal puso su obra Louis Jouvét?

—Estupendamente. Louis Jouvét era un ser prodigioso bajo todos los puntos de vista... Bueno, señorita, hágame usted su cuestionario proustiano...

—¿De veras quiere que se lo haga?

—(Jules Supervielle se ríe). Es usted muy humilde y por eso voy a contestarle todo lo que me pregunte. ¿Cuál es su primera pregunta?

—Señor Supervielle ¿cuál es para usted el colmo de la miseria, de la infelicidad?

—No tener nada que decir.

—Y para usted, ¿qué significa escribir?

—Para mí, escribir es hacer la luz, aclarar las cosas dentro de mi pensamiento. Nunca sé lo que va a pasar cuando escribo, no sé a donde voy ni lo que va a ser de mi texto. Soy un hombre inquieto que discute y vuelve a discutir y que siempre propone el mismo tema, como en el *Ladrón de niños*, *El sobreviviente*, *Gravitación* y *L'enfant de la Haute Mer*? Los temas esenciales no me dejan en paz. Por el contrario me siento obsesionado por ellos. ¿Qué significa escribir? Volver siempre a lo que escribo porque mi pensamiento es confuso. ¿Me preguntaba usted que cuál es para mí el colmo de la miseria? Creo que para mí la vida exterior no tiene una gran importancia y el colmo de la miseria no sería exterior sino interior. Mi mundo interior es mucho más difícil de sobrellevar que el otro. Proust vivía en un cuarto cerrado porque lo molestaba el ambiente. Yo puedo vivir en un cuarto arreglado con el peor gusto, sin sentirme molesto, si es que el cuarto no es frío. Lo único que temo es el frío, el tener frío, la frialdad de los objetos (y quizá también de los rostros humanos). Lo demás ni siquiera lo veo porque vivo para adentro y no para afuera. Al igual que a Proust, me impide vivir a gusto la mala condición atmosférica... El corazón, sabe usted...

(El poeta uruguayo siempre está hablando del corazón, porque tiene el fino oído de los cardíacos, para quienes el corazón es una especie de reloj interior al que le da cuerda el destino. Supervielle escucha su corazón con una vigilancia casi petrificada, porque sabe que ese pequeño músculo que late puede llamarse muerte. Uno de los aspectos más originales de Supervielle, es la atención que él presta al cuerpo humano. En todos sus poemas hay una sorprendente y detallada presencia de los órganos, los latidos de los ven-

trículos, el ascenso de la sangre por las venas del cuerpo, el camino lento de esa misma sangre, la respiración, en fin, todo el sabio y sutil caos de los órganos y de los poderes que nos sirven para que sepamos que vivimos. Sí. Supervielle habla de los corazones en una época en que hablar del corazón es un sentimentalismo. Y se atreve a más. Habla de la Doctora Corazón, de las gentes de buen corazón, de los hombres que tienen el corazón en la mano, de los corazones abiertos, de los corazones de oro, de los corazones destrozados, de los corazones de alcachofa, y de ese corazón complicado y tierno, enfermo y débil que es el suyo propio.

Jules Supervielle es en el fondo, y a pesar de su guapa esposa y de sus bellísimas hijas, un hombre solitario. Y los hombres solitarios siempre han tenido algo que decir o algo que hacer en la vida.



H. Michaux y Supervielle en Sudamérica

Como Rilke y Maurice Guerin, Supervielle es un solitario. Pero la lección "del buen uso de la soledad" es una de las más saludables lecciones que el poeta pueda darnos. Supervielle tiene el don de la soledad constructiva, la soledad que penetra en la esencia misma de las cosas. Es una soledad que teje lazos irrompibles en todos los hombres. Cuando a Rilke en el lecho de muerte le ofrecieron una inyección de morfina para calmar sus atroces dolores, el poeta contestó: "Quiero morir mi propia muerte, y no la muerte de los médicos." Al hacerlo, Rilke se unía más a los hombres, se ligaba mejor e inalterablemente a nosotros. Es que para Rilke, la soledad no fue nunca una debilidad, o el testimonio de una incapacidad de vivir con los demás, sino una valentía suprema, esa misma valentía que posee Supervielle, o sea, "mirar la vida de frente", y también la muerte de cada uno de nosotros, los hombres...

Supervielle escribe poemas franciscanos. Y, sin embargo, ningún poeta ha hablado tanto del cuerpo como él. Sin el cuerpo humano la poesía de Supervielle se evapora. Todo gran poeta contiene al poeta malo, al que debe saber torcerle el cuello. Porque en todos nosotros, hasta en los que no somos poetas, existe aquel hombre al que debemos matar. Supervielle ha sabido matar en él mismo al poeta malo. Ahora es tan sólo un gran poeta, un hombre que escribe por encima de la fantasía fácil, de los recursos ramplones, de las efusiones falsamente místicas, de los sentimentalismos que equivocan y enlodan la tesis. La poesía de Supervielle es una poesía desnuda, exacta en su sencillez, discreta y muy bien educada. Porque Su-

pervielle es en sí un hombre bien educado.)

—¿Que cuál sería para mí el colmo de la felicidad terrestre? Pues, que ahora que existe la bomba atómica exista también una gran unión, una gran comprensión entre los hombres. Mi amigo Jaime Torres Bodet comparte estas ideas y las vive. Si yo tradujera la palabra "civilización" (sabe usted, estoy traduciendo algunos de los poemas de Torres Bodet), les diría a los hombres: RESPIREN. A los niños: CREZCAN. A la vida: CONTINÚA. He traducido también a Jorge Guillén que es un poeta excelente, de gran originalidad y pureza. También conocí a Rafael Alberti, a Manuel Altolaguirre. Fuimos grandes amigos y ellos me tradujeron admirablemente al publicar mis textos en Madrid y en Montevideo... Pero señorita, a cada rato nos estamos alejando del tema: su cuestionario proustiano. En realidad, no me gustan sus preguntas. Soy muy tímido y me cuesta mucho trabajo interrogarme. Tengo una gráfica interior que sube y baja y no me gusta vigilarla. Ahora yo la voy a someter a una serie de preguntas: ¿a quiénes ha entrevistado desde que está en París?

—Pues a Louis de Broglie, a Marta Bibesco, a Juliette Gréco, a Pierre Fresnay... a François Mauriac.

—¡Ah sí! ¿A Mauriac?... ¿Y qué le dijo?

—Se enojó conmigo porque no había leído sus libros.

—Bueno, pero también a quién se le ocurre ir a entrevistar a una persona sin haber leído sus libros.

—Pero ahora ya lo he leído, y no me gusta.

—(Supervielle se ríe). ¡Que se me hace que a él tan poco le gusta ese monje tenebroso y descalcificado que es Mauriac!

—El señor Mauriac todo el día hace exámenes de conciencia y escribe largas listas de pecados mortales de los académicos de la lengua ¿verdad, señor Supervielle? ¿Usted también hace su examen de conciencia?

—Sí, yo también.

—¿Usted cree en Dios, señor Supervielle?

—Sí.

—Pero en sus poemas, su Dios no es muy ortodoxo que digamos.

—(Supervielle vuelve a reírse). Mi Dios no se parece al de François Mauriac, ¿verdad señorita?

—No. ¿Y usted cree que Dios les habla a los poetas?

—Yo no sé si Dios habla, pero si lo hace, no creo que sea como lo interpreta François Mauriac.

—No, señor Supervielle. Si Dios habla es como usted le hace hablar en un poema suyo que se llama "Dios se acuerda del árbol".

(Supervielle parece desinteresarse de pronto en la entrevista).

—Señor Supervielle, hábleme de Dios, de su Dios.

—Mi Dios, como lo ha dicho usted, no es ortodoxo, o lo es tan sólo para mí. Es un Dios en constante evolución. Lo transformo y lo rehago cada día. Mejor dicho, lo creo.

—¿Y no reza usted?

—Sí. Pero rezo hacia lo desconocido, hacia lo que queda por verse. Todo lo enfoco hacia lo nuevo. Dirijo mi oración hacia lo ignoto. Además, mi Dios es ingenuo porque yo soy ingenuo. Creo que sin can-

dor no hay un verdadero poeta, porque en todo creador se encuentra un imbécil. Sí, señorita, no ponga esa cara de asombro. Los cimientos de toda creación han sido fabricados por un imbécil. Cuando uno es demasiado lúcido se analiza y eso nunca ha sido bueno en literatura. Yo escribo para ver más claro, porque soy ante todo un hombre inquieto que no puede sentarse en una pirámide para ver el mundo, examinarlo y enjuiciarlo, sino que tiene que participar en todas las circunstancias de la vida. Mi función de escritor me obliga a ver claro.

—Dígame, señor Supervielle ¿por qué en casi todas sus novelas cortas o cuentos, usted se transforma ya sea en un gato, en una mosca o en un árbol... Bueno, usted no, pero sus personajes...

—Continuamente me hallo obsesionado por las metamorfosis. Yo mismo estoy en continua metamorfosis, en perpetua mutación. Sigo asombrándome ante todo lo que me va a pasar durante el día. Creo en la juventud y creo, sobre todo, en mi propia juventud. Además, el poema es juventud imprecadera.

—¿Y qué es lo que más placer le causa en la vida?

—Lo que más me enterece es ver que la gente me quiere bien. La revelación humana es para mí más importante que la revelación poética.

—Pero para ser poeta, un buen poeta, se necesitan las dos revelaciones: la humana y la poética.

—Sí, sí, la humana y la poética, o la divina. Pero no divaguemos. Pregúnteme usted lo siguiente.

—¿Cuál es su héroe de novela favorito?

—Don Quijote.

—(Claro está que Supervielle, largo, flaco e incongruente como es, tenía que escogerlo como héroe. Yo no sé por qué, pero al imaginarme a Don Quijote, siempre lo había visto como veo ahora a Supervielle. Con una nariz larga, los ojos sumidos, siempre ausente, embistiendo con su lanza los molinos de viento con un aire distraído y un poco cansado).

—¿Qué otros héroes tiene usted, señor Supervielle?

—Robinson Crusoe. Un pickpocket en Londres, Mowl Flanders de Defoe. Y las novelas que más me gustan son *Manon Lescaut*, *La Princesse de Clèves*, Proust evidentemente, y los novelistas ingleses porque son sin duda los maestros del género. Lo llevan a uno de la mano sin soltarlo jamás. ¡Esto es tan importante en la novelística!...

—¿Qué personaje histórico le ha impresionado más?

(Levanta su mano Supervielle con un ademán de cansancio).

—Le diré que yo no creo mucho en la historia. *Creo más bien en la leyenda.*

—¿Pero en cuáles leyendas? Napoleón y Carlo Magno tan histéricos e históricos se van a poner furiosos. Por favor cíteme el hecho histórico que más le haya impresionado.

—Pero es que no veo ninguno. Tiene usted razón. Vamos a buscar bien... Un hecho histórico... Un hecho histórico. A ver, a ver... Ayúdeme señorita... Pero es que todo se me vuelve legendario. Yo creo en lo desconocido, en lo imposible, no en los hechos históricos. Mejor hablemos de Barba Azul. Barba Azul se enamora de la Bella Durmiente, y el Gato con Botas, servidor y hombre honrado del que nada debe temerse ayudará a la joven.

La madrina, para proteger a la Bella de Barba Azul, la duerme. En realidad le estoy contando mi obra de teatro *La Belle au bois* que se representó en Montevideo. La traducción es de mi yerno.

—¿Y a poco a usted le gusta Barba Azul?

—Me parece un personaje de lo más atractivo, y en la última versión, todos estamos con él, deseando que no le pase nada, porque después de todo no es su culpa si nos es tan simpático. En mis obras, el villano es siempre encantador. Pasa lo mismo en *Sherezada* y en el *Robachicos* porque el que roba a los niños sabe hacerlo y lo hace bien. Esta obra la puso Margarita Xirgu, traducida por Alberti.

—¿Quiénes son sus heroínas de ficción favoritas?

—La Bella Durmiente, Sherezada, Rosalinde, Juana de Arco, que de tan increíble es casi una heroína de ficción.

—¿Cuál es su pintor favorito?

—Ay, ¡me gustan tantos! Pero puede usted mencionar entre otros a Rembrandt y a Van Gogh.

—¿Cuál es su músico predilecto?

—¿Mi música? La de Bach y de Mozart. Mozart sabe transformar lo cotidiano en feérico.

—¿Cuál es su cualidad preferida en el hombre?

—La profundidad.

—¿Y en la mujer?

—¡Uy ¡tantas cosas que me vienen ahorita a la mente! Entre otras el encanto femenino. Pero quizá lo que prefiero en la mujer es que sea la compañera, es decir, que sepa compartir y *comparta* totalmente la vida del hombre.

—¿Cuál es su virtud favorita?

—En los demás, la comprensión.

—¿Podría usted definirme su propio carácter?

—Ya le he dicho que soy distraído.

—¿Pero qué impresión les deja a los demás, a todos aquellos jóvenes que admiran su obra?

—Justamente. He aquí el drama. Hay

muchos jóvenes y jovencitas que me escriben pidiéndome opiniones acerca de lo que escriben, que si tienen talento, que si vale la pena continuar... Yo trato de contestar a aquellos que tienen talento, pero mi propia salud me deja tan poco tiempo que a veces no puedo ser justo.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—El teatro y mi propia imaginación. Tengo una gran facilidad para vivir en la irrealdad. Fíjese usted, tengo tendencia a irrealizar la fábula.

—¿Cuáles defectos cree usted tener?

—Yo creo que entre los muchos que tengo, mi peor defecto es la dificultad para permanecer atento. Por ejemplo, ahora me siento ya cansado, distraído y dentro de poco no sabré ya contestar.

—¡Ah! Entonces me voy a dar prisa. ¿Cuál es su color favorito?

—Todos los colores apacibles.

—¿Cuál es su flor favorita?

—La rosa. Aunque sea muy anticuado declararlo. Como dirían los franceses: "Ce n'est pas à la mode".

—¿Cuál es su pájaro favorito?

—El xajay. Un pájaro enorme.

—¿Cuáles son los escritores que más le han impresionado?

—Shakespeare, Molière, Mallarmé, Beaudelaire, Nerval, Melville y los metafísicos ingleses, John Donne y Blake.

—Y de Kafka, ¿qué opina usted?

—Fíjese que he descubierto que el precursor de Kafka fue Melville. En *Bartleby*, ese hombre que trabaja en una oficina y que se convierte en un fantasma a base de pasividad e indolencia.

—¡Qué curioso! Borges, el argentino, ha dicho lo mismo que usted. Melville prefigura a Franz Kafka.

—¿Cómo desearía usted morir?

(Supervielle se pasa la mano por el rostro).

—Señor Supervielle, esta es mi última pregunta. No voy a hacerle ninguna más.

—Claro que no. Si ya me mató usted. ¿Cómo me gustaría morir?... Durmiendo. Dormirme y amanecer muerto.

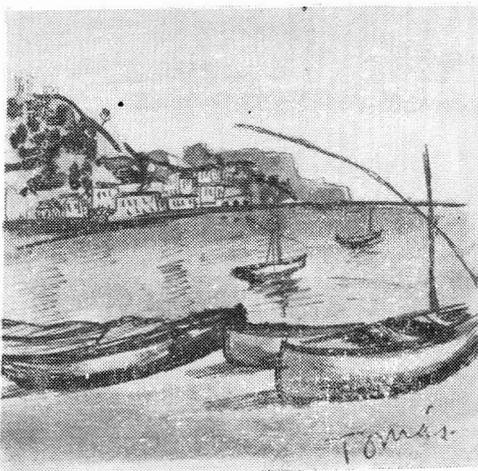
NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

VI

Divagación mediterránea

DESDE el primer momento, la idea de ver el Mediterráneo fue, entre todas las que el viaje proyectado despertaba en mí, la que más impaciencia



e inquietud me producía. Y sin embargo, salvo la laguna de Venecia con niebla (que no es el mar sino su alma), no lo vi hasta el final. Seguramente fue mejor así: tal vez, desde esa orilla ya vivida, saturado de los paisajes y figuras que rodean constantemente al hombre mediterráneo, veía ya un poco ese mar con sus ojos. Sabido poco, sin duda, pues ni siquiera podía valerme el hecho, sabido, pero no recordado, de haber nacido en otra orilla cercana de ese mismo mar. Y no obstante casi me parecía a ratos que aquellos hechos anteriores a mi memoria, había otra memoria oscura, carnal, para la que no estaban del todo borrados. No es que hubiera previsto cómo iba a ser aquello, pero una vez allí me invadía una sensación de naturalidad, de evidencia, la sensación de que no podía haber sido de otro modo y de que lo había sabido siempre. Si yo tenía tanto que descubrir, mis ojos corporales, en cambio, parecían abrirse en aquella luz como en su ambiente natural y corresponderse espontáneamente con ella. Esa correspondencia era reconocer, o para mí como si lo fuera: la diferencia me escapaba.